

## XXII.

Desde este momento no hubo mas que apostasías, deslealtades y traiciones para la causa española. Aquí se sublevaba una ciudad, allí volvian á tomar las armas los insurgentes indultados; el capitán graduado D. Manuel Lopez Santa Ana, ascendido á teniente coronel por Apodaca, pasábase poco despues á Itúrbide, viendo la causa real de vencida, movido de aquella ánsia inestinguible de medros que distingue á algunos militares, leales y traidores alternativamente á todas las causas, segun su interés; las elecciones de Diputados para las Córtes de 1822 á 1823 favorecian á los eclesiásticos enemigos de España, porque ya hemos dicho que en Méjico habia general oposicion á las reformas religiosas que se intentaban entre nosotros, y la imprenta, que es un ariete tan formidable de destruccion, no cesaba de vomitar horrores contra España, burlándose de la junta de censura y escitando á la sedicion con los títulos alarmantes de las publicaciones diarias, que se anunciaban con gran vocerío por las calles; Brabo, otro indultado de gran valor, remiso primero á las insinuaciones de Itúrbide, se pone de nuevo en campaña en contra nuestra; los españoles, conducidos por el bizarro Hebia, sitian y atacan á Córdoba, pero atravesado este héroe por un balazo, cuando dirigia la puntería de un cañon para

ensanchar la abierta brecha, y rodeados de enemigos por todas partes, tienen que retirarse á Puebla, sosteniendo un combate por dia; toma Santa Ana á Jalapa, y no encontrando quien se le opusiera, se atreve á llegar en sus correrías hasta las puertas mismas de Veracruz. En vano Marqués Donallo, que mandaba la vanguardia del ejército del Sur, ahuyenta á Guerrero y penetra en Acapulco, limpiando de enemigos el camino que conducia á este puerto; en vano Huber con un puñado de soldados y con los mozos de una de las haciendas de la casa de Yermo, nombre tan grato á los españoles que conocen la historia de Méjico, derrota á Pedro Asensio que sitiaba á Petecala, matando á este terrible insurgente el bravo español D. Francisco Aguirre, que dependia de Yermo. En vano conseguíamos rechazar á Santa Ana de Veracruz, pues por aquella demarcacion no quedaban en nuestro poder mas que el recinto de la plaza misma y el castillo de San Juan de Ulua.

Entre tanto Brabo, el insurgente mejicano mas simpático, cuando no el mas ilustre y valiente de esta época y de la anterior, procediendo con actividad asombrosa, se dirige á Tulancingo, en donde tenia su cuartel general el coronel español Concha, que, al saber la aproximacion del guerrillero, se puso en franquía precipitadamente, lo cual no impidió que Brabo le persiguiera y le alcanzára, apoderándose de la artillería y municiones que Concha llevaba, despues de lo que, se dirigió de nuevo á Tulancingo para organizar su tropa debidamente, al mismo tiempo que planteó una fábrica de pólvora para hacernos la guerra materialmente, y una imprenta con la que nos hizo

una guerra moral sin tregua, fomentando la revolucion en todas partes. Brabo, en el momento que tuvo organizada una pequeña division, se dirigió á Puebla y tomó posesion del cerro de San Juan, que domina la ciudad por el Poniente, al propio tiempo que hacia ocupar con destacamentos el puente de Méjico, y con otras tropas el extremo opuesto por el camino de Veracruz, formando el resto de la circumvalacion de partidas sueltas que se comunicaban unas con otras.

No estaba ocioso tampoco Itúrbide, que consiguió paralizar al general Cruz, que mandaba en Guadalajara, y se atrajo decididamente al brigadier Negrete, militar español que tenia una columna á sus órdenes. Despues de esto se presentó en frente de Valladolid, y desde las afueras de la ciudad entabló negociaciones con el coronel Quintanar, que mandaba en ella, y que, despues de declarar á Itúrbide en contestacion «que sus obligaciones mas sagradas y su honor estaban en contradiccion con la propuesta que le habia hecho, y que en aquella plaza no se reconocia mas que al legítimo gobierno;» (protesta de lealtad que venia en pos de otras no menos solemnes, públicas y privadas, hechas al Virey) acabó por tomar una actitud bien rara, que venia á ser en el fondo una verdadera traicion, porque en presencia del enemigo y casi en los mismos momentos de empezar las hostilidades, llamó reservadamente á uno de los jefes de la plaza, y le hizo entrega de ella para que obrase como tuviese por conveniente, pues él se pasaba al campo enemigo; conducta que seguia para salvar el honor militar, y que lo hacia mas odioso, porque despues de aquella

escandalosa desercion, las tropas tenian que capitular, como en efecto lo hicieron.

Al mismo tiempo que Valladolid caia en manos de Itúrbide, la importante plaza de Guadalajara se pronunciaba por la independencia, movida la guarnicion por las intrigas de aquel, y apoyada sobre todo por la actitud de Negrete, español renegado, que ahora fué traidor á su patria para hacerse el satélite de Itúrbide, y despues fué traidor á Itúrbide para ser el campeón de la república, y por último fué espulsado por Gachupin de Méjico, muriendo en tierra estraña, lejos de España, en donde su nombre inspiraba horror, y lejos de Méjico, en donde no inspiraba confianza por su origen español, de que habia torpemente apostatado.

De todas las provincias del interior solo quedaba en poder del gobierno español la importante plaza de Querétaro, y ésta, que se comunicaba con la capital, apoyada en la posesion de San Juan del Rio, bien pronto tuvo que sucumbir, tomada aquella posesion por las fuerzas de Itúrbide. El brigadier Luaces, que mandaba en Querétaro y no tenia á sus órdenes mas que unos 700 soldados, pedia refuerzos á Apodaca; pero los pedia en vano, porque el coronel Concha, que salió de Méjico con 1.000 hombres con este objeto, tuvo que retirarse á la capital, y las tropas del coronel Bracho, que estaban en San Luis del Potosí y recibieron la orden de pasar á Querétaro desde Durango, conduciendo un convoy con barras de plata, tuvieron que capitular ante fuerzas muchísimo mayores que Itúrbide destacó para copar aquella fuerza y apoderarse del precioso depósito que conducia, de-

pósito que para mayor seguridad debió ser embarcado en el vecino puerto de Tampico, y ser puesto en salvo en la plaza de Veracruz, á fin de que no cayera en poder del enemigo.

El brigadier Luaces, pues, no podia esperar refuerzo alguno y Querétaro debia sucumbir, habiendo servido las mal dispuestas y completamente abortadas tentativas de socorro, para desacreditar mas y mas al virey, que se hizo sospechoso al mismo Luaces por creer que el conde del Venadito no trataba ya de otra cosa, como Luaces decia en carta dirigida á Itúrbide, que «de cubrirse oportunamente con los diferentes jefes que habia comprometido, poniendo en ridiculo las armas nacionales,» y murmurando todos abiertamente, entre las tropas espedicionarias, de la marcha desastrosa de aquella campaña en que todo era confusion, incertidumbres, traiciones y desastres.

El brigadier Luaces tuvo que capitular, pero se condujo con hidalguía y con valor. El golpe era terrible, y si se une á que con este vino á coincidir la sublevacion de las provincias internas de Oriente, resultaba que el poder de España en Méjico habia concluido. No nos quedaba ya mas que á Veracruz en la costa, medio sitiada por Santa Ana; á Durango, que tenia enfrente á Negrete, y á Puebla, sitiada tambien por Brabo, á donde se dirigia á toda prisa Itúrbide para apresurar las operaciones del sitio y, con todas sus tropas ya desembarazadas, sin dejar enemigos por la espalda, dirigirse á la capital y dar el golpe definitivo.

### XXIII.

Seria injusto desconocer el singular tino y consumada habilidad que desplegó Itúrbide, ora como militar, ora como político, desde que inició su campaña.

Halagando siempre á los españoles y depositando en los que se le unian la confianza mas absoluta, queria poner de su lado un elemento tan vital para sus miras ulteriores. Buscando á los insurgentes, á quienes antes habia combatido, como meros auxiliares y manteniéndolos siempre á cierta distancia, seguia protestando contra los horrores de la brutal insurreccion del cura Hidalgo y se captaba las simpatias de los hombres de orden, de las gentes acomodadas ó ricas. No le importaba aventurarse á celebrar una conferencia á solas y lejos de sus fuerzas con el general español Cruz que mandaba en Guadalajara, porque confiaba en su hidalguía, y además era para él de grande importancia asegurarse de su apoyo, ó si tanto no, conseguia paralizar su accion, haciéndole comprender que su resistencia nada podia contra la revolucion ya tan pujante, cosa que consiguió, porque Cruz desde entonces, bien que no entrara en los proyectos de Itúrbide y le propusiera una suspension de hostilidades para entenderse con el virey, permaneció en una inaccion absoluta, que se comprende, mas no justifica,